

## CONVERSACIONES CON MIS APELLIDOS:

### ZAMORA-PÉREZ: COMPROMETIDOS, Y PERSEGUIDOS.



Zamora y Pérez, sois los apellidos de mi abuela **Juana**, -la hija mayor de Pedro, y Alejandra-, que ella transmitió a mi madre. Murió de parto a los 25 años, antes de los trágicos sucesos que sacudieron el pueblo el verano de 1936, llevándose por delante la vida de un hermano suyo, de tres tíos, dos primos... Quisiera ser esta crónica, un sencillo y emocionado recuerdo, de homenaje, y reconocimiento, a estos mis antepasados, que llevaron junto a su nombre tus apellidos, -hombres buenos, humildes, dignos-, cuyo delito más grave fue soñar, creer, necesitar, y trabajar por un pueblo, y una sociedad mejor, y más justa. Sin embargo, el viento huracanado, irracional, y fratricida de una guerra les llevó a acabar delante de un pelotón de fusilamiento, y a querer borrar su huella, y su memoria, en tumbas sin flores; perdidas y olvidadas por estos pueblos del Cerrato.

Pedro, y Florentino **Zamora** Calzada, apodados "Patillas", eran hijos de un "bracero", llamado Julián Zamora Redondo, que vivía con Basilisa Calzada Zamora en la parte alta del pueblo de Cevico de la Torre. En la ladera norte, que desde la Cueva Grande se descuelga hasta el cerro donde se levanta su colosal iglesia, y el valle del arroyo Maderano.



Una ladera abierta, y agujereada de viviendas cuevas, también llamadas chozas, que se excavaban en galerías compartimentadas, y encaladas de yeso, donde vivían los más pobres, los que no tenían “casa”, los jornaleros que bajaban cada día temprano a la plaza, a ver si hoy les sonreía la suerte, y eran contratados por algún “amo” para ir a trabajar a su viña, o su tierra, y poder llevar las 7 pesetas de jornal a su choza.

Eran muchas las cuevas, tantas que se distribuían en dos zonas: las del Cerro de la Horca, y las de Cameros, donde ellos vivían. La “calle”, la única, larga, empinada, zigzagueante, y sinuosa calle, se llamaba Mira el Valle, y no tenía números, y en ellas vivían tantas personas como abajo, en el pueblo, cuya población se acercaba, por aquellos años de principio de siglo XX, a los 2000 habitantes.

Julián se había casado el 6 de septiembre de 1879 con Basilisa. El tenía 28 años, y ella 21. El 20 de junio de 1884, Basilisa se presentó ante el secretario del ayuntamiento, para comunicar la muerte de su marido, ocurrida a la una de la tarde, a consecuencia de la enfermedad de addison.

Como no sabía escribir, no pudo firmar el acta de defunción que redactó el secretario. Se quedó viuda con 26 años, y dos niños pequeños de cuatro años, y cuatro meses. Tuvo que trabajar de sirvienta para sacar a sus hijos adelante. Murió el verano de 1922 en el asilo del pueblo, que fundara el filántropo D. Pedro Monedero Martín.

Pedro y Florentino también serían jornaleros, como su padre, se casaron, y vivieron en las cuevas. El día 25 de julio de 1904, Basilisa, ya con 44 años, tuvo un tercer hijo, al que llamó Santiago y a quien dio sus apellidos.

Florentino, -el hilo conductor de nuestra historia-, además de jornalero, trabajó para una tienda del pueblo, la del señor Joaquín Puertas, “Marista”. Con un carro iba por los pueblos del entorno vendiendo aceite, jabón, y otros productos. Por eso le llamaban “el jabonero”. Tuvo dieciséis hijos, y aunque muchos murieron pequeños, le sobrevivieron nueve. Calzaba boina negra, le gustaba ir a misa al asilo de don Pedro

los domingos. Su gran afición era la lectura, y cuidar sus tierras, y sus majuelos. “Venía del campo, y se ponía a leer”, me cuenta Lorenza Zamora, la única hija que a día de hoy aún vive.

La vida era dura para esta gente en Cevico, y las desigualdades muy grandes. En la década de los años treinta, el sindicato de obreros de la tierra, a través de la Casa del Pueblo, tenía 116 afiliados, y presionaba al ayuntamiento solicitando para ellos mejoras en los salarios, bolsas de empleo, contrataciones equitativas, y obras municipales, para aliviar su precaria situación y la de sus familias, *“pues muchos no hemos ganado un jornal desde que salimos del verano”*: Así, se arregló la fuente del Valle de Don Juan; se limpió, y desbrozo el arroyo Maderano...

Cuando estalla la guerra civil, la represión fue especialmente dura, y cruel en Cevico. Pablo García Colmenares, historiador, y profesor de la Universidad de Valladolid, tiene documentados nada menos que a 69 víctimas, en su libro *“Víctimas de la guerra civil en la provincia de Palencia”*.

Los falangistas se ceban especialmente con los jornaleros afiliados a la Casa del pueblo, quizá por un grave suceso que tuvo lugar en el pueblo el 3 de mayo: Sobre las diez y media de la noche, en las inmediaciones de la fuente de la Samaritana, a la salida del baile, hubo un altercado entre varios vecinos del pueblo, y un grupo de falangistas de Villamuriel, y Calabazanos, que habían venido a ver a la novia de uno de ellos. El resultado fue una muerte, la de Máximo Inclán, y un herido grave, los dos forasteros.

Así, cuando el lunes 20 de julio *“se verificó la toma oficial de Cevico de la Torre, a las diez, aproximadamente, llegaron unos coches con falangistas, y guardias. Entraron en la Casa del Pueblo, arrasaron con todo, y empezaron las detenciones de decenas de vecinos”*.

Empezaron ese mismo día las *sacas*, o *paseos*, para todos los simpatizantes, votantes de izquierda, o pertenecientes a la Casa del Pueblo, que llevados en una camioneta terminaba con el fusilamiento en cualquier camino, cuneta, paraje, o carretera.

A **Florentino**, ese lector tranquilo, piadoso, y buen padre de familia, obrero de 52 años, que desempeñó el cargo de vicepresidente en la sociedad de socorros mutuos *La Caridad*, le cargan en el camión, con otros once más, el 8 de agosto rumbo a Valoria la Buena, en la provincia de Valladolid, a apenas a 17 kilómetros, donde en una finca serán fusilados con saña, y enterrados en una fosa común, en la conocida Granja Muedra, y registrados en el Registro Civil de ese pueblo como *“hombre desconocido, fallecido a consecuencia de heridas por arma de guerra, y su cadáver recibió sepultura en una tierra de este término municipal”*.

Su hermano Pedro, mi bisabuelo había muerto a las ocho de la tarde, el 6 de noviembre de 1933, en su cueva, de hemorragia cerebral. Quizá eso le libró de otro tipo de muerte.

El que no se libró fue su hijo **Miguel** Zamora Pérez, tío de mi madre, y hermano de mi abuela Juana, de 27 años.

Jornalero, casado con Julia Niño Tordable, una mujer de Villarmentero de Esgueva, que vivió su viudez en una casa pegada a las escaleras que suben a la iglesia, a quien llamábamos la tía Julia, y a quien por su bondad, y calidez me gustaba visitar. ¡Con cuánta dignidad, entereza, y silencio llevó siempre su dolor!

Miguel, y Julia eran padres de dos niñas, y un niño. Una cuñada suya, por cierto, hermana de Julia, llamada **Felisa** Niño Tordable, de 47 años, también casada, fue detenida el 23 de septiembre con otras catorce mujeres, y llevada con ellas a la cárcel de Palencia, donde murió dos años después, el 28 de septiembre, de *“colapso térmico por entero-colitis”... Catorce mujeres juntas en una celda, sin ver ni lumbre ni nada... unas comidas inmundas*”, como relata una de ellas en el libro de Pablo, tuvo que ser la causa.

Tampoco pudo escapar al sinsentido reinante, aquel hermano pequeño de Pedro y Florentino, **Santiago** Zamora Calzada, casado, de 32 años. Ni **Nicolás** Zamora Monge, de 28 años, contador de la Casa del Pueblo, e hijo de Florentino. Ellos tres, (Miguel, Santiago, y Nicolás), con otros más, hasta un total de quince personas, fueron llamados al ayuntamiento el 7 de septiembre, a las cuatro de la tarde, y conducidos en la tétrica camioneta de la muerte al pueblo de Valdespina, donde sin más juicio previo fueron asesinados, y dejados sobre la tierra, someramente enterrados, *“subía la gente a ver a los muertos como en una procesión. Los dejaban mal enterrados. Fue una vergüenza”*, hasta que la gente del pueblo les llevó al cementerio, conmovidos de ver sus restos a la intemperie, removidos por los animales.



Alejandra **Pérez Mérida**, cuñada de Florentino, y su marido Pedro Zamora, eran los abuelos con la que se crió mi madre en su cueva, y con quien dice vivió los mejores años de su infancia cuando quedó huérfana de madre, y también los padres de Miguel Zamora. Alejandra, a su vez, era hermana de Teodoro Pérez Mérida, otra víctima del fanatismo falangista de aquellos días.

**Teodoro** tenía unas tierras y unas viñas que le daban vino para todo el año. No perdonaba la misa los domingos, *“era muy beato, como mi padre”*, me cuenta su nieta. Que tuviera ya 56 años, y le gustara la iglesia no fue tampoco impedimento para que, con su hijo **Juan Pérez Medina**, *“Juanón”* por su estatura, y corpulencia-, jornalero también como su padre, que tenía 31 años, y dos hijas pequeñas, fueran ambos detenidos el fatídico 20 de julio.

Su compromiso social, y político; su vinculación con la Casa del Pueblo, de la que Juan era vicepresidente, y Teodoro con cargo en la Junta directiva, les llevó tras su detención a la cárcel de Palencia, de la que fueron sacados el 2 de septiembre hacia el pueblo de Villamuriel de Cerrato, donde fueron fusilados en la finca el Vodocal, con otros once hombres más de Cevico, más otros tantos de Paredes de Nava, Dueñas, y Venta de Baños, y enterrados en una fosa común, junto a la tapia del cementerio donde les asesinaron, que cuando se hundió, y levantó años más tarde, quedó ya dentro del mismo.

Entre aquellas catorce mujeres detenidas, y encarceladas en Palencia, se encontraba también **Daríá Pérez Mérida**, hija de Teodoro, y hermana de Juan, de 26 años, casada. Estuvo cuatro años en las cárceles de Palencia y Amorebieta, salió tuberculosa, y murió cuatro años después, ya en el pueblo, a los 34. No tuvo hijos.

Después de todo esto, solo años de silencio, frustración, mucho dolor, y miedo contenido, y la ausencia de una tumba donde honrar, y recordar a los muertos no olvidados.

Más de cuarenta años, que se rompen con la decisión inquebrantable de una mujer, que tenía grabado en el alma, como a fuego, la queja de su madre: *“¡Ay qué pobres. No saber dónde está mi marido, y mi padre. Me voy a morir, y no les voy a poder recoger!”*

Ella es **Esperanza Pérez Zamora**, nieta a la vez de Florentino Zamora, y de Teodoro Pérez, hija de Juan Pérez, y sobrina de Daríá, y de Nicolás. Demasiada herida como para no tratar de ser reparada. Aunque no tan grande como para asustar, e impedir a esta mujer, -valiente, rocosa, decidida, emprendedora, inquebrantable, y pionera,- ponerse manos a la obra, para recuperar a sus muertos, devolver la paz a su madre, y voltear la injusticia, el silencio, la mentira, y el olvido de las víctimas. Y lo hizo sola, en un tiempo en el que hacer esta tarea era peligroso. *“Muchos me insultaban. Puta comunista me gritaban, o me cerraban la puerta en las narices. Todavía había mucho*

*miedo. Alguna me metía dentro de su casa y me contaba en voz muy bajita lo que sabía”.*



Investigó, preguntó, viajó, se dejó el alma y sus ahorros, para acogiéndose a la autorización de 1978, exhumar los restos de los suyos, y de otros, de las vergonzantes fosas comunes de estos pueblos del Cerrato.

En marzo de 1979 se desplaza a la de la finca el Vodocal, en Villamuriel, y en la enorme fosa recupera los restos de su padre, -los reconoce por sus botas, un pañuelo de cuadros, y restos de su traje de pana-; los de su abuelo Teodoro, los del médico del pueblo, también asesinado con su hijo médico, y otros muchos hasta llenar tres cajas grandes que ella encarga.

En el verano de 1979 inicia las labores de localización, y exhumación de los restos de otros doce vecinos de Cevico, en un terreno cubierto de zarzas en la finca Muedra, de Valoria la Buena, venciendo no pocos obstáculos, entre los que están los de su abuelo Florentino.

Siguió luego con las fosas comunes de Villamediana, Magaz, y Valdespina, donde se encuentra a dieciséis vecinos, algunos como sabemos vinculados a su familia.

Tres años tardó en encontrar a todos sus familiares.

En 1979 ya había terminado su misión. Había exhumado a sus familiares, había celebrado los funerales, y había enterrado a los fusilados en cementerios.

*“El día que terminé sentí mucha felicidad, y mucha tristeza a la vez. Ese día pude decir a mi madre: ya está, y lloramos las dos todo lo que nos dio la gana. Me abrazó como*



*nunca me había abrazado, y sólo por eso ya valieron la pena todos los malos ratos. Es lo mejor y lo más difícil que he hecho en mi vida, pero fue muy duro. En la primera exhumación pensé que me iba a dar algo, y que me iba a morir allí mismo yo también. Tener una calavera en la mano y pensar que es de tu padre, es terrible”, le cuenta a Natalia Junquera en su libro “Valientes”.*

En total, me dice, han sido unos ciento cincuenta los cadáveres recuperados. Los restos de 117 fueron llevados al cementerio nuevo de Palencia, donde en dos tumbas, con las correspondientes lápidas en las que están escritos sus nombres, y sus lugares de procedencia, - Cevico de la Torre; Paredes de Nava; Castromocho; Dueñas; Venta de Baños, y Tariego de Cerrato-, reposan sus restos en los seis féretros que encargó y los contienen, teniendo al fin, para satisfacción, y descanso de Esperanza, y de todas las familias afectadas, un lugar digno, un monumento reconocible y público, donde recibir reparación, verdad, y reconocimiento: *“A los mártires de la guerra civil del 1936 al 1939 que lucharon por las libertades democráticas. Sus familiares”*, está escrito en una piedra de mármol negro que preside el monumento. Impresiona y sobrecoge este lugar cargado de memoria, dignidad, sobriedad, y elegancia, donde uno lee nombres y apellidos familiares que le tocan, pellizcándole dentro.

Gracias a personas como Esperanza, una mujer de cuyo valor y coraje uno puede sentirse orgulloso, la figura, historia, testimonio y recuerdo de estos hombres, y mujeres, no han desaparecido del todo, y aún me parece escuchar su eco cuando subo a las cuevas, -abandonadas, semihundidas, mudas, solitarias-, mirando al pueblo y al valle desde su atalaya..

